

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 41.

HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

DE LOS CRISTIANOS EN LA ANTIGUA ROMA

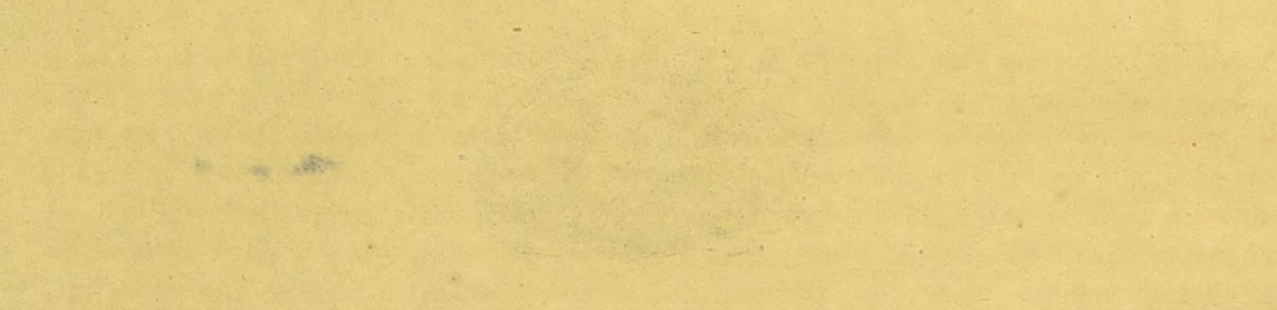
DE DON ANTONIO DE NEBRUCHA

En esta obra se trata de las persecuciones que padecieron los cristianos en la antigua Roma, desde el reinado de Nerón hasta el de Diocleciano. El autor, don Antonio de Nebrucha, es un escritor de gran autoridad en esta materia, y su obra es considerada como una de las más importantes de la historia eclesiástica.

El libro está dividido en tres tomos, y en cada uno de ellos se trata de un reinado diferente. El primer tomo trata de las persecuciones de Nerón, Trajano y Adriano; el segundo tomo trata de las persecuciones de Marco Aurelio y Maximino; y el tercer tomo trata de las persecuciones de Diocleciano.

Este libro es muy útil para conocer la historia de la Iglesia en la antigüedad, y para comprender las causas y consecuencias de las persecuciones que padecieron los cristianos en aquella época.

El autor trata de las persecuciones que padecieron los cristianos en la antigua Roma, desde el reinado de Nerón hasta el de Diocleciano. El autor, don Antonio de Nebrucha, es un escritor de gran autoridad en esta materia, y su obra es considerada como una de las más importantes de la historia eclesiástica.



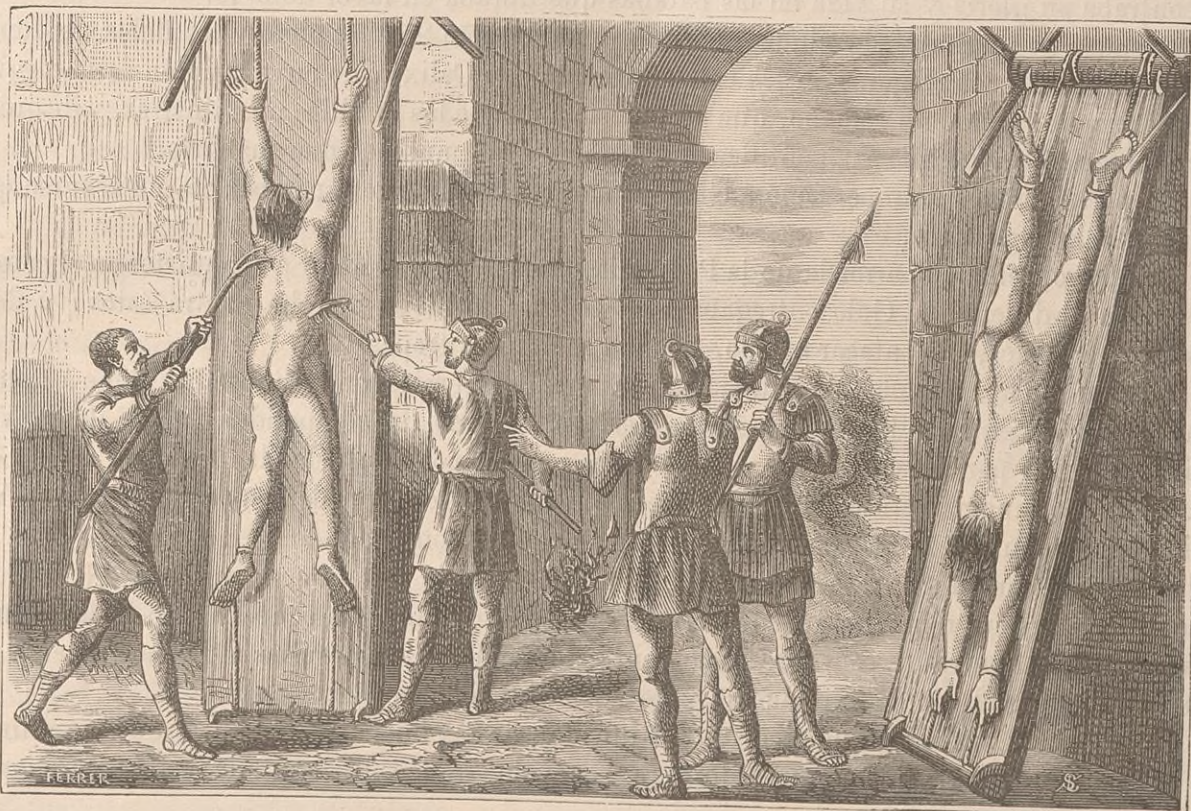
IMPRESA Y EDITADA EN MADRID EN LA IMPRENTA DE DON ANTONIO DE NEBRUCHA

En la imprenta de don Antonio de Nebrucha, en Madrid, a los...

Cirilo pereció en la hoguera, llorado por los mismos idólatras.

Fuerza es reconocer que la conducta de los que creían en JESUCRISTO hubo de avergonzar á la orgullosa magistratura romana. Cada frase salida de boca de un mártir era como una augusta protesta de los sentimientos de honor, de justicia, de verdadera libertad, que se lanzaba contra la degradacion de aquellas generaciones.

«Convengamos, escribe Mr. Poujoulat en su *Historia de los Papas* (1), que un sistema semejante de conducir hombres á la muerte es de esencia del régimen cesarista. Es un hombre solo, frecuentemente un miserable, quien dicta la ley, y encuentra siempre á precio de dinero unos cobardes que se llaman magistrados para hacer ejecutar sus sentencias criminales é inmundas. Sin duda que en tiempo de las antiguas libertades romanas no se habría visto aquel número de ejecuciones, gloriosas para los unos, infames para los otros. Es verdad que



FORMAS DE MARTIRIO DURANTE LA ÉPOCA DE DECIO.

el furor del populacho pagano contra los hijos de CRISTO hubiera podido estallar ántes de la caída de la república; pero al ménos entónces había una tribuna, y no es de creer que faltaran allí hombres de corazon que protestaran contra tan bárbaros procedimientos. ¿Podemos figurarnos, por ejemplo, un hombre como Ciceron, pidiendo desde lo alto de la tribuna la muerte de millares de ciudadanos, por la sola razon de que profesaban una creencia distinta de la suya? Tácito, que tan mal juzgó á los cristianos, porque no los conocía; Tácito, el último de los romanos, ¿no condenó á Neron por haber hecho morir á tan gran número de inocentes?»

Aquel Emperador, llamado por Lactancio «el execrable Decio,» fué muerto por los bárbaros en la Dacia, sin merecer el honor de la sepultura. El altivo y sanguinario príncipe encontró la tumba que merecía, que no fué otra que el vientre de las fieras.

Muerto Decio, los soldados proclaman emperador á Galo, quien al penetrar en Roma, con la vergüenza de haber estipulado con los godos una paz por medio de dinero, creyó poder hacerse popular persiguiendo á los cristianos, á quienes se acusaba de las desgracias de una horrorosa peste.

(1) T. I, p. 14.

«Galo y Volusiano, dice el santo obispo Dionisio de Alejandría, tuvieron el pésimo gusto de querer ir á estrellarse contra la piedra en que ya se había estrellado Decio, persiguiendo á los santos que rogaban á Dios por ellos, y haciendo cesar unas oraciones que eran la salvaguardia de su imperio (1).»

La Iglesia tuvo que sufrir á la vez, de parte del imperio, sus desgracias y sus iras. Los cristianos, despues de pagar su tributo á la peste y al hambre, tuvieron que pagarlo á la persecucion.

Pero esta vez la persecucion no encontró á la cristiandad aletargada; los creyentes supieron sostener su fe, los tormentos no alcanzaron á alterar la constancia de los mártires. Galo y Volusiano, al emprender la lucha contra los discípulos de CRISTO, no encontraban un ejército al que debilitaban las delicias y el reposo de una larga paz, sino una milicia aguerrida que encontraba su gloria y su vida en las batallas que libraba en favor de la fe.

Despues de una dilatada viudez, el 4 de junio del año 251, el clero y los fieles de Roma pudieron por fin congregarse en las catacumbas de San Calixto, de cuya reunion salió elegido papa Cornelio, sacerdote romano, que pertenecía á una de las familias más ilustres, y de quien escribe san Cipriano que su pontificado no fué más que un continuo martirio.

La persecucion no proporcionó á Galo las simpatías que éste esperaba; era un recurso que ya empezaba á gastarse.

Emiliano, jefe de la armada de la Pannonia, propone al ejército ir á conquistar en el campo de batalla el dinero que Galo entregaba á los godos. Emiliano marcha contra éstos, y despues de vencerles, va á atacar á Galo, á quien matan las tropas.

Despues de una aclamacion entusiasta por parte del ejército, encamínase Emiliano á Roma, á hacer allí su entrada triunfal; pero le cierra el camino un competidor que se llama Valeriano, elegido por los senadores, y que cuenta con el apoyo de todas las legiones de la Galla. Emiliano muere víctima del puñal asesino, como tantos otros de sus predecesores, y Valeriano puede en 253 entrar pacíficamente en su capital como jefe del imperio.

Valeriano fué un paréntesis en la vergonzosa historia del imperio militar. No era un aventurero, era un romano, con sus hábitos, con su dignidad, que ocupaba uno de los primeros puestos, así entre los senadores como entre los soldados; que subía al trono imperial en edad ya madura, lleno de experiencia y de sanas intenciones.

Todo daba á entender que sería el continuador de las buenas tradiciones de Antonino y de Marco Aurelio. Lo mismo que éstos, era benévolo, franco, dispuesto á recibir consejos de los demas.

Hombre reflexivo, empezó por preguntarse:—¿Qué resultado da la persecucion contra los cristianos?

En la peste que afligía á tantas poblaciones del imperio, el Emperador examinó quiénes eran los que se manifestaban más fuertes en desafiar la epidemia, corriendo á auxiliar á los apestados; los nombres que se le citaban eran todos de cristianos.

Los emperadores iban cayendo uno tras otro bajo la punta del puñal asesino; de estos malvados, de estos traidores, que eran la deshonra del imperio, ni uno solo fué cristiano; muy léjos de esto, de entre los discípulos de JESUCRISTO se reclutaban los soldados más valientes y más sumisos, los servidores más fieles. Así fué, conforme consigna un obispo contemporáneo, que en aquella época el Cristianismo fué objeto de una benevolencia que no encontró ni aún en príncipes que habían sido tenidos por cristianos (Filipo, por ejemplo). «Su casa estaba llena de discípulos del Evangelio, de suerte que parecía una asamblea cristiana (2).»

En tal aprecio tuvo el Emperador á los cristianos, que los consideraba como su mejor amparo para salvarse del veneno ó del puñal asesino, seguro de que empeñado por ellos el juramento de fidelidad, por nada del mundo habían de faltar á él.

(1) Dionisius, *ad Hermammonem*, apud Eusebium, VII, 1.

(2) San Dionisio de Alejandría, Ep. *ad Hermammonem*, apud Euseb., H. E. VI, 10.

Gracias á esta tolerancia, los obispos se comunicaban libremente ; todas las iglesias acuden á Roma, como á su centro, y reciben allí su inspiracion y su iniciativa.

Pero el Emperador se hizo viejo; y le vemos entónces constituido en juguete de Marciano, soldado de fortuna, que logró llegar á los puestos más elevados de Roma.

Era éste un supersticioso, dado á la magia, último resto del viejo politeísmo, el cual logró aficionar á sus preocupaciones al caduco Emperador, quien desde entónces se declaró enemigo de los cristianos. Añádase el haberse presentado al Príncipe un jefe de los magos de Egipto, que le impuso, como imprescindible deber, el dar edictos contra los que profesaban la religion cristiana. El anciano Emperador, que carecía por completo de voluntad propia, cediendo á la fascinacion de los que querían explotarle, cometió la criminal torpeza de hacer lo que se le ordenaba.

La persecucion de Valeriano, de que hableremos más adelante, tuvo el mismo carácter que la de Decio. No era la saña, no era el apasionamiento del odio con sus arrebatos; era más que todo el cálculo, la diplomacia empleada, no para cebarse contra los cristianos, sino para destruir el Cristianismo. Antes que la prision, el destierro; ántes que la tortura, la carcel; ántes que la muerte, el tormento; los halagos primero que las amenazas; apoderarse sobre todo del pastor, á fin de desconcertar á las ovejas: tal fué el sistema que se adoptó.

Al primer acto de persecucion, el papa Estéban reúne á los discípulos de CRISTO en la cripta Nepociana, les exhorta á practicar el bien miéntas puedan, á procurar la santidad para ellos y la conversion para sus semejantes que viven en el error. Despues de su discurso, escuchado en medio de una conmocion general, Estéban bautiza á ciento ocho catecúmenos, y ofrece el santo sacrificio, del que participan todos los asistentes. Al día siguiente ordena tres presbíteros, siete diáconos y diez y seis clérigos, organizando así la milicia cristiana para el combate.

Por aquellos mismos días otros héroes reciben la corona del martirio.

El acólito Tarsicio llevaba, segun costumbre de aquella época, el Pan Eucarístico á una familia de cristianos. Al pasar junto á unos soldados del imperio, sospechan de él y le preguntan qué es lo que trae. El jóven se resiste á decirlo, á fin de evitar un terrible sacrilegio. Le apedrean, le maltratan; pero su piedad en favor de la Eucaristia es superior á todo. Está dispuesto á inmolarse ántes que permitir que viviendo él los paganos se apoderen del precioso depósito que se le confiara. Se echan sobre él y le matan de una manera feroz. Al registrar su cadáver aquellos idólatras no encuentran lo que buscan. El cuerpo de CRISTO ha subido al cielo junto con el alma del mártir.

La persecucion se cebó principalmente en Roma, donde muere un cristiano que se llamaba Hipólito; Adrian y Paulina con sus dos hijos María y Neon; el diácono Marcelo, el tribuno Nemesio con su hija Lucilia; Sempronio, Olimpico y Exuperio con su hijo Teódulo.

LXXXVI.

San Cipriano.

Entre los mártires de la segunda mitad del siglo III destácase la majestuosa figura de san Cipriano, una de las más gloriosas conquistas del Evangelio sobre la filosofia pagana, el cual aparece, no sólo como lumbrera de la verdad religiosa cuyos resplandores desde el África se extienden á todo el mundo, sino como el sosten, el alma de tantos héroes que atestiguaron en aquella época lo que puede y lo que vale el hombre cuando la fe le ilumina.

Cipriano fué gentil por su cuna y por su educacion; por la distincion de su familia se habituó desde jóven á los honores proconsulares.

Era el vástago de una casa ilustre, á la que él comunicaba brillo especial con lo majestuoso de su elocuencia y lo perspicaz de su ingenio.

De tal actividad hallábase dotado, su palabra era de tal fuerza, que los gentiles le consideraban como un baluarte del agonizante politeísmo.

Con los recursos que le proporcionó su condicion social, en su carácter de hijo de uno de los miembros más ilustres del Senado, pudo ponerse al corriente de todos los adelantos de su tiempo, concediendo singular predilección al estudio de la lengua y de la literatura clásica de los griegos y de los latinos.

Dedicóse con brillantez al profesorado, ocupando por algun tiempo una cátedra de retórica en Cartago, su país natal.

Mereciase tal estimacion como profesor, que por medio de la enseñanza logró aumentar el patrimonio ya muy respetable de su familia. Joven y ansioso de brillar en la sociedad con que vivía, no contento con el esplendor de su saber, acudió á las seducciones del lujo, teniendo un orgullo especial en que se dijese de él que vestía tan rica y elegantemente como hablaba. No es de extrañar, pues, que tuviese entrada en todos los círculos, que se le viese en todos los espectáculos, que disfrutase de todos los goces. El mismo nos dice que su juventud no estuvo exenta de censura (1).

La Providencia le contuvo en este camino.

Espíritu eminentemente práctico, jamas mostró gran aficion á las abstracciones filosóficas; pero apenas su juicio empezó á adquirir alguna madurez, le preocupó sobremanera la direccion que hubiese de imprimir á su vida. Hubo un momento en que el joven pensó en ser hombre, y al plantearse el problema de su porvenir, al tratar de dar á sus ideas un carácter más serio, se encontró en el camino de la verdad.

El paganismo como principio moral, como creencia, no le satisfacía; estaban harto faltadas de base racional las sectas politeístas para que encontrase en ellas algo que le reaccionara contra los devaneos hacia que se sentía con sobrada aficion.

Vivía en su misma casa un hombre venerable llamado Cecilio, adicto al Cristianismo, no sólo por su fe, sino tambien por su ministerio. Aunque de creencias distintas, eran dos almas que se atraían la una á la otra, dos corazones que se comprendían perfectamente.

Deseoso de saber Cipriano, escuchó con interes la exposicion de la doctrina evangélica que le hizo Cecilio y hasta se comprometió á leer y estudiar la Santa Escritura.

Al principio Cipriano no fué más que admirador platónico de la religion cristiana. Al tratar de adherirse á ella, encontróse envuelto en un océano de dudas.

Dejémosle á Cipriano la palabra:

«Hundido en las tinieblas de fúnebre noche, flotando al azar sobre el mar tempestuoso del siglo, andaba divagando de acá por allá, extraño á la luz como á la verdad, sin saber á donde dirigir la nave de mi existencia... Para ser cristiano debía renacer segunda vez, tomar una vida nueva en las saludables aguas del bautismo, desprenderme del hombre viejo, y conservando el mismo cuerpo, transformarme en cuanto al espíritu y al corazón. Era éste un cambio que rechazaban mis desórdenes.

— «¿Cómo es posible una conversion semejante? me preguntaba. ¿Cómo desprendernos de inclinaciones naturales que envejecen con nosotros, de hábitos vigorizados por la accion del tiempo? No; todo esto echa en nuestras almas raíces harto profundas. ¿Qué, el hombre acostumbrado á espléndidos festines podrá aceptar desde luego las severidades de una vida sobria? ¿El que se complace en hacer ostencion de lujoso traje, en deslumbrar á los demas con el oro y la púrpura, abandonará sus fastuosos vestidos para no aceptar otro adorno que la sencillez? ¿El que disfruta entre el ruido de los aplausos habrá de resignarse á la oscuridad de la vida privada? Esto no es posible. El hombre que cede á sus pasiones atraído por un iman cuya fuerza en vano se trata de contrarestar, es menester que siga viviendo en esta embriaga-

(1) Ciprian. *ad Donatum*, c. 9.

da atmósfera, henchido por el orgullo, inflamado por la ira, solicitado por la sensualidad, entre los aguijones de la venganza y las cadenas de la ambición.»

Así nos describe Cipriano las luchas de su alma ántes de su conversión.

Conoce el atractivo de las pasiones cuando no conoce todavía la fuerza de la virtud cristiana para vencerlas. Hé aquí por qué vacila.

Durante esta lucha, Cecilio se constituyó en su ángel. Luchó ántes de rendirse á la verdad cristiana; pero no obstante los devaneos de su juventud, había allí un espíritu demasiado recto para que se resistiese al Cristianismo, que se presentaba ante él como la síntesis más sublime de la bondad y la justicia. Cecilio le habló de los recursos con que cuenta el cristiano para vencer sus pasiones, le demostró como el Evangelio realiza el mejoramiento de las almas, comparándolo con las fábulas politeístas que degradan al hombre. No limitándose á discursos, Cecilio le presenta hechos; le manifiesta con ejemplos que Cipriano no puede rechazar como hombres que siendo paganos eran esclavos de todos los vicios, el Cristianismo los transfiguraba en santos.

Una transformación semejante Cipriano la veía, la admiraba. Este espectáculo de transformación del hombre por el Evangelio fué de un efecto decisivo para el eminente profesor.

Si ántes de convertirse precedió con calma é hizo preceder á este cambio una reflexión juiciosa y detenida, después de su conversión se enamoró de tal modo de la vida espiritual, que, apenas cristiano, sube ya á las alturas de la santidad.

Vende el rico patrimonio que poseía cerca de Cartago y distribuye su precio entre los pobres, hace voto de continencia y renuncia á su cátedra de retórica, donde recogía gran cosecha de aplausos. Es en el jardín del Cristianismo una planta «en que la espiga precede á la semilla, dice su contemporáneo y admirador Poncio; en que la vendimia se adelanta al pámpano; en que el fruto viene ántes que el racimo (1).»

No es por esto que renuncie á su actividad literaria; lo que hace es imprimir á ella nueva dirección, consagrándola al Cristianismo.

Con su primer trabajo apologético pagó una deuda de amistad.

Había un joven llamado Donato, que venía disfrutando de las intimidades del célebre profesor desde mucho tiempo, jurisconsulto como él, lo mismo que él dotado de palabra fácil y elocuente, quien después de compartir con él los laureles del Foro, acabó también por ser cristiano. A éste ofreció las primicias de su pluma dedicándole su disertación *De Gratia Dei*.

Brilla en este escrito una elegancia, un encanto particular; hay párrafos en que mejor que disertación, parece una poesía, y si no se revela en esta obra la vasta inteligencia de Cipriano, en cambio está allí aquel corazón que rebosa de placer al sentirse regenerado por el Cristianismo.

Ménos que por la teoría brilla este escrito por su carácter práctico; si no hay abstracciones sublimes en cambio revela un espíritu eminentemente observador.

Trazando un excelente cuadro de aquella sociedad pagana y de aquella época, escribe á su amigo:

«Ves los caminos cerrados por ladrones, los mares sitiados por piratas; la guerra paseando por todas partes el sangriento horror de las batallas. La tierra humedecida de sangre fraternal que la inunda. Que un delincuente inmole á un semejante suyo y se le llamará homicida; pero el homicidio se califica de valor cuando es una nación entera quien lo comete. Lo que garantiza la impunidad no es el grado de inocencia, sino la grandiosidad del crimen. Echa una mirada á las ciudades; ¿qué es lo que ves? Una agitación más sombría que la soledad. Prepárase feroz combate de gladiadores á fin de que una curiosidad sanguinaria pueda satisfacerse en un espectáculo cruel. Los jugos de una alimentación abundante circulan por unos miembros atléticos, á fin de que la víctima engorde y proporcione sensaciones más fuertes. Se mata al hombre para dar gusto al hombre; y matar bien constituye una habilidad, un ejercicio, un arte. No basta cometer el crimen; es preciso hacer de él un espectáculo: ¡El

(1) *Vida de San Cipriano*, por el diácono Poncio, II.

asesinato convertido en ciencia y transformado en gloria! Y yo te pregunto ¿qué diremos de aquéllos, que sin la menor condenacion, en el vigor de la edad, con rostro bello y vestidos de fiesta, descienden al anfiteatro? Les ves glorificarse de sus infamias y combatir á las bestias feroces, no para expiar un delito, sino para exacerbar el furor de un público salvaje. Los padres van allí á ver á sus hijos; al hermano que está en la arena es la hermana quien le aplaude. He dicho poco: cuando la magnificencia de los preparativos hace subir de precio el espectáculo, es la madre quien compra el derecho de asistir á contemplar como su hijo es destrozado; y en estas diversiones impías, sangrientas, funestas, nadie sospecha que su mirada ha sido parricida (1).»

De los espectáculos públicos pasa á examinar lo que sucede en los tribunales.

«En vano las leyes grabadas en el bronce de las doce tablas hacen brillar á los ojos de todos sus prescripciones; se delinque en el templo mismo de la ley, se comete el crimen ante la estatua de la justicia. Ya la inocencia no encuentra asilo en el lugar consagrado á su amparo. Pasiones excitadas por intereses opuestos mugen en el Foro como en un campo de batalla. Veo verdugos que afilan sus espadas y sus hachas: veo uñas de hierro que destrozán, caballetes que esperan el cuerpo de las víctimas, llamas que devoran; se emplean más instrumentos de suplicio que miembros tiene el hombre para ser torturado. Y entre tanto ¿quién piensa en defender al oprimido? ¿El abogado? Se convierte en traidor y prevaricador. ¿El juez? Vende la sentencia. El que se sienta para castigar el crimen lo comete, y para que el inocente perezca, el juez se constituye en culpable... Nada de respeto á la ley; ningun temor hacia el magistrado que interroga ó que juzga. ¿Cómo temer á aquél á quien puede comprársele? Entre los delincuentes la inocencia pasa por crimen; quien no se asemeja á los malos les ofende; las leyes están en connivencia con el desorden (2).»

«¿Ves este hombre cuyo traje deslumbrador revela la dignidad y que se pasea altivo bajo su manto de púrpura? ¡Por cuántas bajezas ha comprado esta gloria! ¡Qué de desdenes y humillaciones ha tenido que sufrir! ¡Qué de días ha pasado constituido en centinela junto á una puerta! ¡Cuántas veces confundido con la turba de los cortesanos ha tenido que abrir pasó á protectores soberbios á fin de que un día vil tropa de aduladores marchara delante de él para honrar, no al hombre, sino la posicion. Son honras compradas, no con el mérito, sino con la bajeza.»

Despues de esta pintura tan magistralmente hecha, incita á su amigo á no dar importancia al oropel mundano, desdeñando la verdadera y legítima cultura del hombre mismo.

«Estos trajes recamados de oro, le dice, estas paredes cubiertas de preciosos mármoles te parecerán cosa bien poco digna de aprecio cuando tengas en cuenta que lo que debes enriquecer y adornar preferentemente eres tú mismo; que tu casa predilecta debe ser aquélla en que el Señor ha descendido como en un templo donde el Espíritu Santo empieza ya á residir. Este es el palacio que debe cubrirse con las pinturas de la inocencia, que debe alumbrarse con los resplandores de la justicia.»

Poco despues de su conversion exhortábase á Cipriano á que aceptara la dignidad sacerdotal. Sus eminentes virtudes se encargaron de justificar esta eleccion, hija de la confianza que en él tenía el pueblo creyente.

Algun tiempo despues pasaba á mejor vida Donato, obispo de Cartago.

La diócesis de Cartago era de la mayor importancia. El obispo de aquella Iglesia ejercía una especie de primado cuya jurisdiccion se extendía desde la Cirenáica hasta el estrecho de Gades, abrazando cuatro provincias, que eran el África proconsular, la Numidia y las dos Mauritánias. El obispo de Cartago era, despues del de Roma, el que ejercía mayor influencia, considerándose la de Cartago como Iglesia madre de todas las comunidades cristianas que existían en aquella region del litoral del Mediterráneo.

(1) *Epist. ad Donatum*, I, 6, 7.

(2) *Epsit. I ad Donatum*, 11, 12.

Para ponerse al frente de una sede episcopal tan importante se creyó que no había persona más á propósito que Cipriano.

Desde los primeros días de su conversion se había granjeado tal prestigio por la extension de su saber, por su excelente buen sentido, por la nobleza de su carácter, que al tratarse de la eleccion episcopal se fijaron desde luégo en él desde las personas más elevadas hasta las que pertenecian á la clase popular.

Reúnese el pueblo en tropel para ir á sorprender á Cipriano en su soledad, anunciándole que es su obispo.

Al tenerse noticia de la oposicion de Cipriano, el pueblo tomó todas las avenidas del retiro donde se cobijaba el virtuoso varon, resueltos como estaban todos á llevárselo á ocupar su silla de obispo, áun cuando fuese á pesar suyo.

En su negativa apoyábase Cipriano en las constituciones apostólicas que no autorizaban el que se elevara al carácter episcopal al que por lo reciente de su conversion había de considerarse como neófito.

Cipriano era un personaje demasiado eminente para que no pudiera hacerse una excepcion en su favor; y áun cuando él no fuera de este parecer, se le obligó á aceptar el cargo que se le ofreció.

El escritor Poncio, que conocía perfectamente al célebre obispo de Cartago, nos lo retrata en los siguientes términos:

«¡Cómo describirle en el ejercicio de sus funciones! ¡Cuánta piedad! ¡Qué vigor! ¡Qué misericordia! ¡Qué vigilancia! Salían de su rostro destellos de una bella majestad que imponían la veneracion á todos los corazones. Su mirada era franca y grave á la vez; sus severidades no tenían nada de sombrío, ni su amabilidad nada de ligero. ¿Era menester respetarle, ó más que respetarle, quererle? Vacilaba uno al querer averiguar si un hombre tan extraordinario merecía más el respeto ó el amor. Su manera de vestir estaba en armonía con la expresion de su rostro; no era aquello ni la afectacion, ni tampoco la negligencia. Jamas le hinchó el orgullo ni le degradó una pobreza llevada al abuso. Porque la pobreza ambiciosa que hace gloria de sus harapos, oculta tanta vanidad como el lujo mismo. ¡Cuánta ternura para con los pobres! Si siendo catecúmeno ya les amaba tiernamente, ¿cómo no les había de querer siendo obispo? Se concibe que los deberes de su rango ó los lazos de una religion comun impongan á los pontífices la obligacion de la misericordia; á Cipriano la silla episcopal no hubo de imponerle estos sentimientos; los tenía ya ántes.»

No dejó de agitarse en torno suyo la envidia

Cinco presbíteros y un pequeño número de seglares, no sólo se opusieron á la eleccion de Cipriano, sino que con hechos públicos se declararon sus enemigos. Cipriano no fué nunca enemigo de aquel puñado de revoltosos; muy léjos de ello, trató de desarmarles, no sólo con la dulzura de su carácter, sino hasta con sus beneficios.

Pero Cipriano era el tipo del pastor cristiano que une á la dulzura la firmeza; que no sacrifica jamas su deber á las consideraciones de una falsa prudencia. Cuando se desconoce su autoridad de obispo, cuando atacando al hombre se trata de desprestigiar al prelado, entónces contesta á la calumnia con una energia y una entereza que da á conocer todo el vigor de su espíritu; y si aquellos díscolos llevan su pasion hasta acusar á Cipriano ante el Sumo Pontífice, él responde con una carta al Papa de la que extractamos los siguientes párrafos:

«Si ellos quieren presentarse á juicio, que vengan; si tienen alguna excusa que alegar ó alguna justificacion que exponer, que nos manifiesten sus sentimientos de compuncion y los frutos de su penitencia. Aquí, ni la iglesia se cierra, ni el obispo se niega á nadie. Creemos deber nuestra paciencia, nuestra dulzura, nuestra bondad á cualquiera que se presente. Nuestro voto más cordial es que todos ingresen de nuevo en la Iglesia, que todos nuestros compañeros de armas se agrupen bajo las banderas de CRISTO. Todo lo perdono; estoy dispuesto á olvidar muchas ofensas personales en el interes que tengo de congregar en una sola

y compacta grey á todos los hermanos. Hasta respecto á los ultrajes hechos á Dios no he llevado la severidad hasta el extremo. Si de algo debo acusarme es de extender el perdón quizá más allá de sus límites. Abrazo con todo el ardor de mi pecho, con toda la ternura de la caridad á los que vuelven contritos y penitentes, á los que confiesan sus faltas con ingenuidad de espíritu y con la humildad de la satisfacción. Pero si los hay que creen poder volver á la Iglesia, no por el camino de las súplicas, sino por el de las amenazas; si los hay que se figuran forzar la entrada por medio del terror, en vez de acudir al llanto y á la expiación, sepan éstos que la Iglesia de Dios les está cerrada; el campo de Cristo, fortificado por el muro inexpugnable de la protección divina, no cede jamás á las amenazas. El sacerdote de Dios, adicto al Evangelio y fiel á los preceptos de Cristo, puede ser muerto; pero vencido, jamás (1).»

Tal era Cipriano. Fácil es comprender que á un alma de este temple la persecución de Decio, no sólo no le encontró desprevenido, sino que supo manifestarse á la altura de las circunstancias.

Al estallar la persecución en Cartago, las muchedumbres que llenaban el Circo y el anfiteatro pronuncian unánimes un nombre como señalándolo á la venganza de los déspotas; de aquellos hombres sale imponente, amenazador, el grito de: ¡Cipriano á los leones!

Apoderarse del célebre Obispo era decapitar la Iglesia de África, introducir en ella el desconcierto; era asestar un rudísimo golpe contra aquella cristiandad. ¿Qué va á hacer Cipriano? ¿Desafiará á los adversarios del Cristianismo excitando su furor? ¿Ó temiendo la dispersión que va á introducirse en su querida grey preferirá ocultarse para dirigirla y animarla desde su retiro? Por su valor de héroe hubiera preferido la muerte gloriosa del mártir; por su celo de apóstol hubo de decidirse por evitar el peligro para salvar á aquella numerosa cristiandad.

Hay momentos en que la muerte del jefe puede producir la derrota de todo un ejército, y actos que serían de valor para el simple soldado, constituyen una temeridad culpable para el que está al frente de las tropas.

Dadas las circunstancias de la Iglesia que tenía bajo su dirección, entregarse Cipriano á la muerte hubiera sido una falta.

Desde su destierro seguía gobernando la Iglesia de Cartago lo mismo que si se encontrara en su capital, escribía á los fieles, estimulando el ardor de unos ó conteniendo el celo impetuoso de otros, y recomendando siempre de una manera especial la caridad hacia los pobres y la asistencia á los enfermos y á las viudas. Si una sentencia del procónsul Fortunato le confisca sus bienes de obispo, él se apresura á enviar para los necesitados el dinero que llevaba consigo.

Cipriano atiende á todo. En una carta en la que á la par que la virtud del santo y el celo del obispo brilla la prudencia del varón justo, escribe á sus fieles entre otras cosas: «Os pido que empleéis todo vuestro tacto en conservar la paz. Comprendo que nuestros hermanos, cediendo á su caridad, anhelen visitar á los intrépidos confesores á quienes la divina misericordia ilustra con sus gloriosos padecimientos; pero deseo que obren con precaución, que no vayan en tropel á las cárceles, pues se exponen á que les impidan la entrada en los calabozos y á perderlo todo por querer ganarlo todo. Sed previsores á fin de que una sabia reserva os proporcione mayor seguridad... dulces y humildes en todas las circunstancias, conforme compete á los servidores de Dios, es menester que nos acomodemos á los tiempos.»

Muertos en Cartago los mártires Mappálico y sus compañeros, el célebre Obispo escribe á los que se salvaron de la muerte, glorificando á los que alcanzaron la palma del triunfo:

«Estoy fuera de mí de alegría y no puedo contener mis felicitaciones, oh valientes y dichosos hermanos, al ocuparme del heroísmo de vuestra fe, que constituye la gloria de la Iglesia nuestra Madre. No sois vosotros los que cedisteis á los tormentos; son los tormentos los que cedieron ante vosotros. ¡Qué espectáculo para aquellas muchedumbres que contemplaban

(1) Ep. LV, al papa Cornelio. *Sacerdos Dei, Evangelium tenens et Christi precepta custodiens, occidi potest, non potest vinci.*

con admiracion el celestial combate, el combate de Dios, la gran batalla de Cristo! Ellas vieron á los servidores de CRISTO sin más armas que la fe conservar una palabra libre, un valor divino... Diríase que la sangre corría, no sólo para extinguir el incendio de la persecucion, sino hasta para ahogar con sus oleadas gloriosas hasta las llamas mismas del infierno... Dichosa Iglesia la nuestra tan honrada por la misericordia divina con la sangre gloriosa de tantos mártires! Ella brillaba ya por la blancura de su pureza, por la santidad de nuestros hermanos; ahora la sangre de los mártires acaba de adornarla con su color de púrpura! De esta suerte no faltan ya en su jardin ni los lirios ni las rosas.»



FORMAS DE MARTIRIO DURANTE LA ÉPOCA DE DECIO.

En otra carta apostrofa á los que han tenido la debilidad de apostatar, escribiendo:

«¡Ah! dime; sobre ese Capitolio al que subiste espontáneamente pronto á consumir una vergonzosa iniquidad ¿no sentiste temblar tu rodilla?... ¿No experimentaste un cierto estu-
por en todos tus sentidos? ¿No era balbuceando que con tu lengua incierta pronunciaste ignominiosas palabras? ¡Qué! ¡Un servidor de Dios ha podido presentarse allí, y encontrar acentos para renunciar á JESUCRISTO, el que había renunciado al demonio y al siglo! ¡Y no veía que aquel altar á que se acercaba se convertía para él en una hoguera! ¡No ha percibido allí un humo infectado, un hedor insoportable que le obligaba á huir como de un sitio horroso donde se preparaban sus funerales! ¡Desgraciado! Llevabas contigo una hostia, una víctima: la hostia, la víctima eras tú mismo. ¡En aquel altar nefando, en aquellas llamas inmolaste tu fe, tu salvacion, tus esperanzas!»

El ilustre Obispo por la Pascua del año 151 se restituyó á la capital de su diócesis, á fin de calmar allí la peligrosa agitacion promovida por algunos rebeldes á las disposiciones del celoso y prudente Prelado.

A los estragos de la persecucion se unieron entónces los de la peste.

Tomó ésta tales proporciones, que la ciudad quedaba poco ménos que convertida en un desierto.

Huían de Cartago cuantos se hallaban en situacion de hacerlo; los muertos eran echados á

la calle y con ellos eran arrojados de las casas hasta los moribundos; nadie quería cuidar á los enfermos; tal era el horror que el contagio inspiraba. Los cadáveres expuestos en la vía pública contribuían á infectar el aire agravando más el terrible azote.

Todo es llanto; todo consternacion. La bella Cartago va á verse pronto convertida en un vasto cementerio.

Necesitábase allí un hombre de grande entereza, dispuesto á desafiar á la muerte, que acudiera á la necesidad de calma y de socorros que tenía la afligida poblacion.

Cipriano congrega á su grey, les explica la doctrina de CRISTO que enseña que la caridad no debe limitarse tan solo á los que participan de nuestra fe, sino que debe extenderse hasta á los perseguidores.

Desde aquella hora los cristianos ofrecen el espectáculo de una abnegacion la más sublime. Conciértanse sobre la manera de no dejar desatendida ninguna necesidad: unos aprontan cuantiosas sumas de dinero, otros se ofrecen para cuidar de los apestados, donde haya una necesidad, sea de la clase que fuere, allí habrá un cristiano para subvenir á ella, sin preguntar á nadie por su religion; los discípulos de CRISTO arrostran gustosos la muerte en la cabecera de los enfermos, por más que éstos sean idólatras.

No se limita á esto la caridad de Cipriano. Se le notifica que en la Numidia habían tenido lugar multitud de secuestros realizados por una pandilla de salteadores. El Obispo reúne á sus fieles, hace entre ellos una cuestacion, y envía cien mil sextercios para rescatar á los secuestrados.

Si sostuvo más adelante con vigor su modo de ver en la controversia acerca el bautismo de los herejes, sometióse no obstante con humildad á las decisiones de la Iglesia.

Durante su época volvieron al seno de la Religion muchos de los que habían tenido la debilidad de apostatar, sometiéndose á las penitencias que se les impusieron, cuya gravedad estuvo adaptada al carácter del delito.

A las glorias del episcopado de Cipriano faltaba una todavía: la del martirio.

Cipriano fué una de las primeras víctimas de la persecucion de Valerio el año 257.

Ordenóle que se le presentara el procónsul Aspasio Paterno, y negándose el ilustre Obispo á faltar á sus deberes de creyente y de prelado, tuvo que tomar el camino del destierro, destinándosele á Curubis, ciudad de la provincia Zeugitana.

Este destierro no fué de larga duracion. Galerio Máximo, sucesor de Paterno, dispuso que se restituyera á su diócesis.

Mándasele despues que se dirija á Utica para ser juzgado por los agentes de la autoridad pagana. Cipriano se niega á ello, porque cree que el testimonio de su fe y de su sangre donde debe darlo es en la capital de su diócesis; él dice que donde vivió, donde enseñó, donde trabajó allí debe morir. Está dispuesto á que sean sus fieles de Cartago los que presencién la escena de su martirio. Interin llega esta hora, Cipriano se oculta.

Apénas se le dice que el Procónsul, saliendo de Utica ha vuelto á Cartago, el celoso Obispo abandona su retiro y vuelve á presentarse en público, seguro de que se le va á conducir á los tribunales. Así sucede efectivamente.

Cipriano es preso y conducido á Sexti.

Al tenerse noticia de su prision todo Cartago se impresionó.

A la mañana siguiente Máximo le hace conducir ante su tribunal.

El interrogatorio fué corto. La sentencia estuvo reducida á estos términos:

«Que el obispo Tacio Cipriano sea decapitado.»

Al leérsele este fallo tan conciso, Cipriano exclamó con la calma propia de su santidad:

—*Deo gratias.*

La sentencia fué ejecutada inmediatamente.

Numerosa muchedumbre asistió á presenciar el martirio.

Ántes de morir, Cipriano elevó al cielo una ferviente plegaria; luégo se cubrió los ojos,

dispuso que fuese un presbítero quien le atara las manos, y entregó veinte monedas de oro al verdugo. Cuando éste, temblando, hizo saltar la cabeza del más ilustre y más respetado de los obispos de Africa, los concurrentes no pudieron ocultar su profunda emoción.

LXXXVII.

Persecucion de Galo.

Por lo que llevamos dicho anteriormente puede comprenderse que el imperio de Galo consistió en una serie de cobardías y de vergüenzas de que se indignó la altivez romana.

Hemos visto que fué perseguidor como Decio; pero mientras Decio pudo encontrar á los creyentes desprevenidos, éste les halló dispuestos al combate.

Ejercía en Roma el pontificado san Cornelio que, al distinguirse por su misericordia en favor de los lapsos, se distinguió no ménos por el ardor con que combatió las enseñanzas de Novaciano. Mientras que con su dulzura atraía al redil de la Iglesia á multitud de ovejas extraviadas, con su tesón sostenía los derechos de la justicia y de la verdad.

El imperio pagaba sus delitos, teniendo que sufrir interminable azote de calamidades públicas.

En 252 la peste causó en Roma en un solo día cinco mil víctimas.

Esto añadido á la humillacion por que los romanos habían tenido que pasar con los godos, autorizándoles para repasar el Danubio con todo su botín, quienes se derramaron más adelante por el Asia Menor hasta Efeso, en Iliria, y hasta las orillas del Adriático, mientras que los persas invadían de nuevo la Siria, produjo entre los gentiles una irritacion general. Ya se comprende que las víctimas de esta irritacion habían de ser los cristianos.

Galo publicó un edicto disponiendo sacrificios públicos á fin de aplacar el enojo de los dioses, á cuyas solemnidades paganas se habían de adherir y tomar parte todos los súbditos del imperio sin distincion de cultos. Los cristianos contestan que ellos no sacrificarán jamás á falsas divinidades; que su fe no les permite esperar sino en el Dios único, que es el protector y el sosten de los imperios.

La sangre cristiana corrió abundantemente por las calles de Roma; centenares de creyentes eran echados todos los días á la voracidad de las fieras del anfiteatro.

Espera tranquilo Cornelio la muerte, cuando recibe una orden que le destierra á Centumcellæ, hoy Civita-Vecchia.

Procesiones compuestas de millares de cristianos acuden todos los días á Centumcellæ para consolar al Papa desterrado é implorarle su bendicion.

Los agentes imperiales tienen noticia de una carta que le escribió Cipriano, en que le felicitaba por sufrir en nombre de JESUCRISTO. Tomando pretexto de esta carta, Cornelio es sentenciado como conspirador, y los lictores cortan su cabeza el 14 de setiembre del año 252.

Desde san Pedro hasta san Silvestre I, es decir, hasta la época de Constantino, los treinta y un papas que se suceden en la Sede romana, todos saben que el camino del pontificado es el camino del martirio. Ninguno se espanta á la presencia de una muerte inevitable.

Después de todo, los jefes de su ejército se exponen á la muerte. La guerra es un azar en que, si mueren algunos generales, en cambio muchos de ellos salen con vida y pueden gozar en paz del honor de sus conquistas. El jefe del ejército cristiano sabe que su suerte no es otra que morir.

Treinta y cuatro días después de la muerte de Cornelio era elegido para la silla de Roma uno de los presbíteros que le acompañaron á su destierro de Centumcellæ. Este se llamaba Lucio.

Apénas Galo tiene noticia de su eleccion le condena al destierro.

El antipapa Novaciano introdujo en el campo de la Iglesia una division de la que Galo creyó poderse aprovechar, á fin de introducir el desórden en el Cristianismo que él detestaba. No es que fuese afecto á los herejes; pero protegiendo á Novaciano y á los que apoyaban á éste, figuróse poder acabar con los discípulos de CRISTO.

Creyó el César que el antipapa Novaciano iba adquiriendo gran partido, y que ya Lucio no podía inspirarle el menor cuidado, permitiéndole en este concepto restituirse á Roma.

Poco despues, el 5 de marzo del año 253, le condenaba á ser decapitado.

La persecucion de Galo no se circunscribió á Roma.

Háblase en Licia de Paregorio, y despues del martirio de éste, del anciano Leon, que consagrado á la vida ascética, pasaba largas horas junto á la tumba de Paregorio, hasta que indignándose ante la cobardía de algunos discípulos de CRISTO, que se dejaban arrastrar á los altares de Sérapis, él fué tambien al templo gentil, y en la inspiracion de una santa cólera rompió las lámparas que quemaban en honor de los dioses falsos. Le prenden y el juez le obliga á que pronuncie cuando ménos esta frase: *Los dioses son grandes*. Leon se resiste; le arrojan al suelo, le atan por los piés y le conducen arrastrando hasta el borde de un torrente, donde es echado hallándose ya sin vida.

En Ostia, el prefecto Censorino, que se hace cristiano, es reducido á prision; y él, junto con el presbítero Máximo, el diácono Arquelao y la virgen Laura, que van á visitarle; el tribuno Teodoro y diez y seis soldados que se convierten, y el obispo Ciriaco, que les bautiza, son víctimas de una misma venganza.

Debemos consignar que, si bien España dió su contingente de héroes durante la persecucion de Decio y de Galo, faltando á las tradiciones de inquebrantable fidelidad que manifestaron siempre los cristianos de la península ibérica, hubo esta vez dos obispos que fueron arrollados por la tormenta. Uno de éstos llegó hasta á participar de los banquetes impuros de los gentiles; en cambio el otro, que se valió primero de un artificio para obtener del papa Estéban una especie de absolucion, más tarde, en una grave enfermedad, sintió todo el aguijon del remordimiento, abdicó el episcopado, y pidió ser absuelto y admitido en la Iglesia, no ya en la jerarquía episcopal, sino como el último de los fieles.

LXXXVIII.

Persecucion de Valeriano.

La persecucion de Galo fué más corta que la de Decio, porque fué tambien más corta su estancia en el poder imperial.

Al subir al imperio Valeriano, de quien hemos hablado ya anteriormente, comprendió toda la gravedad de la situacion que atravesaba Roma. La anarquía dominando en todas partes, el hambre y las pestes convirtiendo en desiertos capitales populosas; en las ciudades el aparato de crueles tormentos contra los discípulos de CRISTO, que constituían una parte no pequeña del imperio; los alemanes pasando el Rhin, miéntras los godos no respetaban las fronteras del Danubio, como los persas extendían sus invasiones por la parte del Eúfrates; la disolucion política y social que se revelaba bajo todas las formas hubo de impresionar hondamente á Valeriano, quien se persuadió de que la persecucion anticristiana no era sino una desgracia más para sus dominios.

La tolerancia que creyó deber adoptar en un principio convirtiéndose más tarde en ruda persecucion, gracias á las sugerencias de pérfidos consejeros.

Pero desde la época de Decio el pueblo cristiano había crecido en número y en valor.

Los atentados del despotismo gentilico ya no imponían á los creyentes; la marcha de las iglesias no se interrumpía.

En África, multitud de discípulos de CRISTO, hombres, mujeres, doncellas, tiernos niños, á más de los presbíteros y los obispos, fueron azotados, condenados á las minas, tratados como esclavos, oprimidos con el peso de gruesas cadenas, rasurada la mitad de la cabeza, sin cama, sin vestido, casi sin pan. Pero ¡qué importa! Los cristianos hacían de aquellas minas un templo; en aquellos sitios sin luz, sin aire, elevábase humilde altar y se ofrecía la sagrada Hostia. La dispersa Iglesia de Cartago revivía en las canteras de mármol de Numidia.

Al despotismo pagano no le quedaba ya más recurso que el derramamiento de sangre.

Los prefectos se dirigen al César exponiéndole la inutilidad de sus esfuerzos, y el César pronuncia en el Senado la siguiente sentencia:

«Que los presbíteros, obispos y diáconos sean desde luégo condenados á muerte; que se degrade y se confisquen los bienes á los senadores, nobles (*egregii viri*) y caballeros que sean cristianos; y si despues de este castigo persisten todavía en llamarse tales, que se les someta á la pena de muerte. Las matronas serán desterradas y privadas de sus bienes. Los servidores del César (*Cesariani*) que hubiesen confesado ó confesasen en adelante la fe cristiana, pasarán á ser esclavos del fisco y residirán en una de las posesiones del Emperador reducidos á trabajos forzosos.»

El edicto empezó á ejecutarse en Roma con todo su rigor.

En la Sede romana vivía entónces como siempre Pedro, es decir, el heroísmo más admirable unido á la suprema autoridad doctrinal; el pontificado engrandecido por el martirio.

El Papa era entónces otro compañero de destierro de Cornelio; se llamaba Estéban. Lucio le designó para sucesor suyo al dirigirse al suplicio, y fué nombrado por aclamacion el 13 de mayo del año 253.

Durante su pontificado realizáronse extraordinarias conversiones.

Un cierto Hipólito vivía como cenobita en un arenal cerca de Roma. La fama de sus virtudes atraía á su gruta á multitud de paganos. El solitario les hablaba de JESUCRISTO con un encanto que no acertaban á resistir, y acababa por convertirles. Por la noche los conducía al papa Estéban para que les administrase el bautismo.

Paulina, hermana de Hipólito, y el esposo de ésta, Adriano, tenían dos niños de corta edad. Esta familia era toda pagana; no obstante, Paulina y Adriano toleraban que sus hijos fuesen á ver á su tío, que les profesaba una ternura entrañable.

Sucedió que un día no volvieron al hogar paterno á la hora acostumbrada. Los padres llenos de ansiedad corren á buscar á los dos niños á la gruta del solitario. Les encuentran tranquilamente sentados á los piés de su tío, pintándose en su semblante la más completa satisfacción. Al ver á sus padres los dos niños se echan en sus brazos gritando llenos de la más entusiasta alegría:

—¡Somos cristianos! ¡Somos cristianos! ¡Qué hermoso es ser cristiano! ¡Sedlo como nosotros!

Los dos esposos prorumpen en copioso llanto; respirábase en aquella portentosa gruta cierto aire de santidad irresistible. Siéntense inundados por la gracia celestial, y aquella misma noche Hipólito los pone á los piés de Estéban, pidiendo que eche sobre sus cabezas el agua de la regeneracion.

El prefecto Máximo, que había recibido del Emperador la órden de averiguar por todos los medios posibles los sitios donde se ocultara algun cristiano, y que tenía que poner en una lista sus nombres, su condicion, su fortuna, empieza por dirigirse á la gruta de Hipólito, á quien encuentra rodeado de multitud de creyentes.

El Prefecto empieza á anotar los nombres y las señas de cada uno de ellos, y miéntras dura esta operacion, Hipólito le habla de JESUCRISTO con aquel ardor, con aquel entusiasmo que le caracteriza.

El Prefecto deja de escribir, y despues de escuchar á Hipólito, acaba por romper la lista

y se proclama cristiano. Aquella noche Estéban le bautiza, y poco despues es echado en el Tíber con una piedra atada al cuello inmolando su vida en aras de su fe.

Muchos de los convertidos por Hipólito y bautizados por Estéban son conducidos á la cárcel Mamertina que san Pedro santificó ya en la época apostólica.

Paulino y sus dos hijos son azotados en presencia de Adriano y de Hipólito, y cuando cae su carne echa pedazos no sale de su boca otra frase que esta:

—¡Señor JESÚS, asistidnos!

Sus cuerpos destrozados son echados á los perros.

Adriano é Hipólito, á quienes se condena á ser testigos de la ejecucion, alientan á los mártires enseñándoles el cielo.

Éstos son puestos á su vez en la alternativa de la apostasia ó la muerte.

—Preferimos la muerte, exclaman á una voz los dos cristianos.

La ejecucion de éstos se reviste de inusitado aparato. Se les pasea por las calles con los piés descalzos, descubierta la cabeza y atadas las manos á las espaldas.

Los heraldos marchan delante de la comitiva, que les conduce al suplicio diciendo:

—Hé aquí á los sacrilegos que traen conmovida Roma.

Al pasar los mártires, la muchedumbre grita:

—¡Mueran los cristianos! ¡Cristianos á los leones!

En vez de conducirlos al anfiteatro los llevan al puente de Antonino, donde espiran á los rudos golpes de varas de plomo.

Estéban es metido en un calabozo con multitud de presbíteros y de simples fieles.

El mismo Valeriano le hace comparecer ante él, y le dice:

—Todos tus discursos se resumen en un solo pensamiento y no tienen más que un fin, que es la destruccion de los dioses inmortales y la subversion de la república.

—Nó, le contesta el Pontífice; yo no trabajo en la subversion de la república; lo que hago es exhortar al pueblo á que abandone el culto de los demonios, á quienes se adora en los ídolos, y que reconozca un solo Dios verdadero.

Estéban y los demas presos son conducidos al templo de Marte, donde renuevan su profesion de fe. Al proclamarla heroicamente, atraviesa un rayo la bóveda del templo gentilico. Jueces, lictores, pueblo, salen en tropel, dejando solos á los mártires.

Éstos salen del templo de Marte, y conducidos por el papa Estéban, van á reunirse en el cementerio de Lucino, extramuros de Roma. Allí se improvisa un altar, en el que Estéban celebra los sagrados misterios.

Al ver venir á los verdugos, Estéban se arrodilla al pié del altar, y allí, en medio de himnos de hosanna que entonan los fieles, es decapitado junto con multitud de cristianos. Obteníase este nuevo triunfo el 2 de agosto del año 257.

Veintidos días despues Estéban tenía ya un nuevo sucesor; era un venerable anciano, natural de Aténas, que llevó el nombre de Sixto II. No tarda en ser preso.

Al caminar hacia el suplicio le acompaña su diácono Lorenzo. Éste, á quien se habia dejado libre, quiere proclamar en alta voz que es cristiano, á fin de tener la dicha de morir con el octogenario Pontífice; pero Sixto le hace señal para que se contenga. Lorenzo se le acerca y le dice al oído:

—Padre, al ofrecer el sacrificio me habéis tenido siempre á vuestro lado. Pedro quiso que el diácono Estéban sufriese en Jerusalem el martirio ántes que él, y ¡vos, Padre, no me lo permitís á mí! ¡Dejad que mezele su sangre con la vuestra aquel que os asistía al ministrar la sangre del Señor!

—Yo no te rechazo, hijo mio; le responde Sixto. Te esperan combates más largos y más laboriosos. No llores. Vendrás en pos de mí. Vas á morir dentro de tres días. Ya ves que no es larga la distancia que ha de separar al diácono de su obispo. No te dejo como Elías dejó á Eliseo. ¡Te entrego la herencia de nuestro valor!

El 6 de agosto del año 258, Sixto II espiraba tendido en un caballete.

El diácono Lorenzo, otra de las glorias de la Iglesia española, al que Prudencio, español como él, consagró unos versos que leen todavía los fieles, vió realizarse la profecía al pié de la letra.

Lorenzo, en su carácter de administrador de los bienes de la Iglesia, era considerado por los gentiles como el depositario de los tesoros de los fieles.

Se llama á Lorenzo en nombre del Emperador, y se le dice:

—Sé que vuestros sacerdotes se sirven de vasos de oro para las libaciones, que reciben en copas de plata la humeante sangre de las víctimas, que los sitios en que practicáis vuestros misterios están alumbrados con candelabros de metales preciosos; sé que vuestros hermanos venden sus heredades, se despojan de sus bienes y depositan su valor á los piés de vuestros pontífices; vas á conducirme, pues, al sitio donde se encuentran estos tesoros. El Emperador no exige sino lo que es suyo. Su imagen está esculpida en vuestras monedas, mientras que por otra parte no creo que vuestro Dios hiciese acuñar monedas, ni que tuviera en el bolsillo muchos filipos de oro.

Lorenzo, sin inmutarse, contesta que es verdad que la Iglesia poseía tesoros incomparablemente superiores á los del Emperador.

—Estoy dispuesto, añade, á presentaros estos tesoros.

A Lorenzo se le deja en libertad bajo su palabra. Reune á los pobres, á quienes asisten los diáconos, y presentándolos al Prefecto, le dice:

—Aquí tenéis lo que deseáis; nuestros tesoros son nuestros pobres.

El Prefecto se irrita y echa á las fieras del anfiteatro á aquella multitud de infelices.

Lorenzo, bendiciendo á Dios, espira bajo el fuego lento de unas parrillas.

Fulgencio llama á Lorenzo *la columna del altar celestial*.

Su muerte produce en Roma una impresion inmensa; pocos hechos como aquel heróico martirio dieron lugar á tan prontas y tan numerosas conversiones.

En Cirta (Constantina) el verdugo no tiene un momento de descanso. El sitio de la matanza es un valle en forma de anfiteatro, donde el pueblo puede contemplar á su placer las ejecuciones. El valle es cortado por un río. Así los mártires pueden recibir á la vez el bautismo de agua y de sangre, como dicen las Actas. A lo largo del río fórmase larga hilera de sentenciados, á los que el verdugo va cortando sucesivamente la cabeza. Se les conduce allí con los ojos vendados; pero tras de aquella venda entreven la felicidad que les aguarda despues del martirio, y se comunican en alta voz mútuamente sus bellas visiones en que se les aparecen magníficas carrozas tiradas por blancos y briosos corceles que esperan la hora de conducirles al paraíso.

Montano, Flaviano y tres fieles más son conducidos al lugar de la ejecucion. La mujer de Flaviano reclama en alta voz la vida de su esposo, diciendo que se le condena como diácono y no lo es. El mártir protesta; pero se atiende más á la palabra de su esposa que á sus declaraciones, y se le saca del lugar del suplicio.

Al tocarle á Montano su turno, ruega pidiendo al cielo que Flaviano pueda seguirle más pronto; luégo divide en dos partes la venda con que debe cubrirse los ojos, diciendo que la mitad debe servir para Flaviano, y suplica á los demas creyentes que preparen tambien la sepultura para su amigo.

Al día siguiente Flaviano comparece de nuevo ante el juez.

Falsos amigos suyos vuelven á pedir que se le perdone, porque no es diácono. El mártir protesta una y cien veces que en la Iglesia de CRISTO tiene este carácter.

—¡Mientes! ¡Mientes! grita una parte del pueblo.

—¿Pero y qué voy á ganar con mentir? pregunta él tranquilamente.

Entónces el pueblo pide que se le someta á la tortura.

Madres hay que despues de presenciar la muerte de sus hijos se arrodillan junto á sus bendecidos despojos, besan sus llagas y rinden á Dios ardiente voto de gratitud.

No son estos los únicos rasgos conmovedores que tienen lugar durante aquella persecucion.

Sapricio y Nicéforo habían estado unidos con la mayor intimidad. Pero agriáronse sus relaciones hasta el punto de que evitaran todo encuentro. Nicéforo acaba por arrepentirse de esta separacion, envía compañeros suyos á Sapricio para que preparen una reconciliacion; y no contentándose con esto se arroja á sus piés pidiéndole que le perdone. Sapricio le rechaza.

Al estallar la persecucion Sapricio tiene que comparecer ante el gobernador, confiesa su fe, sufre valerosamente la cárcel y el tormento y es conducido al suplicio.

Al caminar el héroe hacia el lugar de la ejecucion, Nicéforo le sale al paso, se arrodilla ante el confesor, y exclama:

—«¡Mártir de CRISTO! he pecado contra tí; perdóname.»

Sapricio no responde.

Vuelve otra vez á salirle al encuentro, y le repito la misma súplica:

—¡Mártir de CRISTO! perdóname.

El mismo silencio de parte de Sapricio.

Los lictores dicen á Nicéforo:

—¡Qué necio eres! Cuando este hombre va á morir ¿qué falta te hace su perdon?

Nicéforo contesta:

—Lo que yo pido á un confesor de CRISTO vosotros no lo sabéis; lo sabe Dios.

Llega el mártir al lugar del suplicio. Otra vez Nicéforo se echa á sus piés bañado en lágrimas y le insta diciendo:

—Acuérdate que está escrito: «Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá.»

Pero el odio había cerrado herméticamente aquel corazon y nada había capaz de abrirlo.

El lictor dice á Sapricio:

—«Hinca la rodilla para que se te corte la cabeza.»

El mártir, en medio de la sorpresa general, contesta:

—¿Cortarme la cabeza? ¿Y por qué?

—Porque no quieres sacrificar á los dioses.

—No me matéis, exclamó Sapricio; estoy pronto á sacrificar.

El que no supo pronunciar una palabra de perdon, pronunció una palabra de apostasía; el que se dejó dominar por una pasion de odio, se dejó imponer por el miedo á la muerte. Su mala voluntad hacia su antiguo amigo le había privado de la gracia de Dios. Dios quiso manifestar que el martirio, tan grande como es, se reduce á muy poca cosa sin la caridad.

Nicéforo se siente aterrado al oír que Sapricio apostata y le grita:

—Por Dios, hermano mio, no reniegues de CRISTO nuestro Señor. Recobra tu valentía; no arrojes la celestial corona que te ha costado ya tantos tormentos.

Al ver que Sapricio se obstina en apostatar, Nicéforo dice al lictor:

—Pues yo soy cristiano, matadme.

El pueblo se sorprende; los lictores interrogan al juez.

Nicéforo repite en alta voz:

—¡Soy cristiano!

Nicéforo, que supo demandar perdon, supo tambien morir.

No escasean los héroes en las regiones occidentales del imperio romano. A esta época pertenece el martirio del obispo Fructuoso en Tarragona y sus diáconos Augurio y Eulogio.

Fructuoso, al verse sorprendido en su casa por los agentes imperiales, experimentó una gran satisfaccion.

Al someterse al interrogatorio, el prefecto Emiliano le dice:

—No ignoras sin duda el nuevo decreto imperial.

HISTORIA DE ESPAÑA, HISTORIADA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Antonio de Sotomayor, ha tratado de dar una idea completa de la historia de España, desde sus primeros habitantes hasta el presente. La obra está dividida en varias partes, que corresponden a los diferentes reinos que han formado el reino de España. Cada parte contiene una historia detallada de los sucesos que han ocurrido en cada uno de ellos, y de las causas que los han producidos. La obra es muy interesante y útil para todos los que se interesan en la historia de España.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Antonio de Sotomayor, ha tratado de dar una idea completa de la historia de Francia, desde sus primeros habitantes hasta el presente. La obra está dividida en varias partes, que corresponden a los diferentes reinos que han formado el reino de Francia. Cada parte contiene una historia detallada de los sucesos que han ocurrido en cada uno de ellos, y de las causas que los han producidos. La obra es muy interesante y útil para todos los que se interesan en la historia de Francia.

LA VERDAD POR ESPAÑA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Antonio de Sotomayor, ha tratado de dar una idea completa de la historia de España, desde sus primeros habitantes hasta el presente. La obra está dividida en varias partes, que corresponden a los diferentes reinos que han formado el reino de España. Cada parte contiene una historia detallada de los sucesos que han ocurrido en cada uno de ellos, y de las causas que los han producidos. La obra es muy interesante y útil para todos los que se interesan en la historia de España.

EL REMORDIMIENTO O LA TIERRA DE LA CONCIENCIA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Antonio de Sotomayor, ha tratado de dar una idea completa de la historia de España, desde sus primeros habitantes hasta el presente. La obra está dividida en varias partes, que corresponden a los diferentes reinos que han formado el reino de España. Cada parte contiene una historia detallada de los sucesos que han ocurrido en cada uno de ellos, y de las causas que los han producidos. La obra es muy interesante y útil para todos los que se interesan en la historia de España.

ILUSTRACION BRUNOSSI - LAS MILITARIAS CIENCIAS

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Antonio de Sotomayor, ha tratado de dar una idea completa de la historia de España, desde sus primeros habitantes hasta el presente. La obra está dividida en varias partes, que corresponden a los diferentes reinos que han formado el reino de España. Cada parte contiene una historia detallada de los sucesos que han ocurrido en cada uno de ellos, y de las causas que los han producidos. La obra es muy interesante y útil para todos los que se interesan en la historia de España.

GALERIA CATÓLICA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Antonio de Sotomayor, ha tratado de dar una idea completa de la historia de España, desde sus primeros habitantes hasta el presente. La obra está dividida en varias partes, que corresponden a los diferentes reinos que han formado el reino de España. Cada parte contiene una historia detallada de los sucesos que han ocurrido en cada uno de ellos, y de las causas que los han producidos. La obra es muy interesante y útil para todos los que se interesan en la historia de España.

VOCES PROFÉTICAS

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida a todas las lenguas modernas. El autor, don Antonio de Sotomayor, ha tratado de dar una idea completa de la historia de España, desde sus primeros habitantes hasta el presente. La obra está dividida en varias partes, que corresponden a los diferentes reinos que han formado el reino de España. Cada parte contiene una historia detallada de los sucesos que han ocurrido en cada uno de ellos, y de las causas que los han producidos. La obra es muy interesante y útil para todos los que se interesan en la historia de España.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas. — Van publicadas 84 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geografica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal, de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentisimos é ilustrisimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbitero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.